



Si algunos quisieran abrazar esta vida...

(Rb 2, 1)

FRANCISCANOS CONVENTUALES
Provincia de España
Oración por las vocaciones (6)

Orar por las vocaciones...

(55ª Asamblea Sup. Generales)

“El compromiso de la oración por las vocaciones es un elemento fundamental e indispensable, sostenida por la confianza de que el Señor nunca dejará de “regalar” a su Iglesia las “vocaciones” necesarias para que permanezca fiel en el testimonio y en la evangelización de este momento histórico. La oración debe ser también una forma de “mentalización” de todo el pueblo cristiano acerca de la importancia de este tema para la vida de la Iglesia”.

Del Evangelio de Juan (12, 20-26)

Entre los que habían subido a Jerusalén para dar culto a Dios durante la fiesta, había unos griegos que se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron: “Señor, queremos ver a Jesús”. Felipe fue a decírselo a Andrés, y ambos se lo dijeron a Jesús. Él les respondió: “Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. Quien vive preocupado por su vida la perderá; y el que no está apegado a su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde yo esté, estará también mi servidor. El que quiera servirme, será honrado por mi Padre”.

De la II Carta a los fieles, de san Francisco

Poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, diciendo: Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Y, tomando el cáliz, dijo: Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos para el perdón de los pecados. A continuación oró al Padre, diciendo: Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz.

Y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra. Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: Padre, hágase tu voluntad; no se haga como yo quiero, sino como quieres tú. Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos dio para nosotros y que nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el altar de la cruz; no para sí mismo, por quien todo fue hecho, sino por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas.

Y quiere que todos seamos salvos por El y que lo recibamos con un corazón puro y con cuerpo casto. Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por El, aunque su yugo es suave, y su carga ligera.

PARA LA REFLEXIÓN

CRISTIANISMOS INSUFICIENTES (Gabino Uríbarri, jesuita)

[...] Para el cristianismo ético la vida cristiana se juega en la respuesta ética, especialmente a favor de los pobres. Ahora bien, para empezar, el compromiso por los pobres no es monopolio exclusivo de ninguna particular vocación cristiana, sino un componente integral de la vida de seguimiento. Por tanto, al cristianismo ético le resulta bastante difícil diferenciar entre las diferentes vocaciones que se dan en el seno de la Iglesia y apreciar su valor distintivo; no posee suficiente capacidad para diferenciar las vocaciones cristianas específicas. Pero además, es de sobra sabido que las vocaciones, particularmente las de especial consagración (sacerdocio y vida consagrada), implican una relación especialmente íntima y amorosa con el Señor, con el Amado. Y el cristianismo ético no alimenta este tipo de relación personal, sostenida por la oración frecuente y por la práctica sacramental asidua. Da más importancia al servicio y la atención directa a los necesitados. Sin este modo intenso y personal de relación con Dios no estamos alimentando la posibilidad de la seducción amorosa, intrínseca a las llamadas y las respuestas vocacionales.

De otro lado, tampoco incluye el cristianismo ético una imagen de Dios en la que tenga sentido consagrarse a Dios. Lo que el cristianismo ético pide es el compromiso histórico, particularmente con los pobres. La consagración a Dios a lo más se puede entender funcionalmente, como una liberación para una mayor disponibilidad en el servicio a los pobres. Sin embargo, se dan tantos casos de verdadero compromiso sin especial consagración, que la realidad desmiente parte de la ganancia que se pudiera dar en la consagración exclusiva por servir a los pobres. Las vocaciones de consagración contienen un fuerte componente teologal, de expresión del señorío de Dios para la que el cristianismo ético no predispone.

Lo mismo ocurre con el cristianismo emocional, donde ponemos a Dios a nuestro servicio, en lugar de ponernos nosotros al servicio de Dios. Las posibilidades de suscitar vocaciones desde ahí son muy limitadas, porque la vocación expresa precisamente que Dios está por delante y por encima, que es lo primero y lo único. En el seguimiento vocacional, por el contrario, el bienestar emocional no organiza la vida. La vocación pone a uno, como a Abrahán, Moisés, María y a tantos otros, en la vía de la renuncia y la solidaridad con los sufrimientos de Cristo. Baste con mirar a Pedro o a Pablo. Si como sospecho, estos estilos de cristianismo están bastante arraigados en los ambientes y comunidades eclesiales, mientras que sigamos con estas formas y tonalidades de la vida cristiana, seguiremos en la sequía vocacional que vive hoy nuestra Iglesia occidental. Lo peor de todo, sin embargo, no es la penuria y la gravedad de la sequía vocacional, sino habernos alejado de la vida buena y verdadera. Pues el Señor ha venido para que tengamos vida y vida abundante (Jn 10, 10).

Madre de nuestra vocación

Madre del Señor, que acompañas los pasos de aquellos que siguen a tu Hijo allá donde les llama: recibe en tu materno regazo a quienes se sientan llamados a seguir el Evangelio y las huellas de tu Hijo en obediencia, castidad y sin nada propio. Enséñanos a oírlos y a recibirlos, abriendo la puerta y el corazón de nuestra casa. Enséñanos, Madre de nuestra vocación, a caminar con ellos hasta ver formado en ellos el vivo y luminoso rostro de Cristo, el Hijo bien amado, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.